

Disyuntivas

Una curiosidad: ¿De qué hablan exactamente algunos cuando hablan de economía?

FELIPE BENÍTEZ REYES



A pesar de que resultaba previsible, durante estos últimos meses hemos mantenido la ilusión de que no fuera posible. Pero lo ha sido: a estas alturas, la pandemia no es ya un problema sanitario excepcional, sino un conflicto político rutinario. Lo consiguieron. Fieles a sí mismos, así sea a costa de ser infieles a la realidad, lo han logrado. Ya. Al fin. Nadie esperaba menos, pero por una vez confiábamos, como decía, en que el sentido común y el sentido de la responsabilidad se impusieran a la irresponsabilidad y al sinsentido. No ha podido ser.

Los diversos gobernantes de nuestro país biodiverso procuran establecer unas normas—algunas de ellas, contradictorias, cuando no absurdas— para combatir la expansión del virus y casi todo el mundo las acata desde la concienciación o, al menos, desde el fatalismo. Pero la clase política se muestra rebelde a imponerse a ella misma cualquier norma: casi no hay presidente autonómico que renuncie al derecho al pensamiento autónomo, hasta el punto de que, en estos momentos, el Gobierno central parece la oficina de reclamaciones de unos grandes almacenes: un negociado al que se acude para tramitar quejas y para amenazarlo con acciones legales por la insatisfacción ante su política de atención al cliente. Es justo lo que necesitamos en medio de esta calamidad: que la política siga siendo un juego de niños caprichosos que se niegan a prestar sus juguetes y defienden su parcela en el parque infantil.

La decepción, a pesar de todo, es relativa: de sobra tenemos comprobado que la mente de un político no se rige por los parámetros por los que se guía la mentalidad común. Si un bloque de viviendas está a punto de derrumbarse, resultaría extraño que un vecino se negase a apuntalarlo o a desalojarlo, pero si un país está a punto de derrumbarse, resulta lógico y normal que algunos de los responsables de mantenerlo en pie se dediquen a ponerle una carga de dinamita en los pilares.

Asistimos a la polarización ideológica de un asunto que exige una concertación logística. Suponer por ejemplo que la aplicación de unas medidas sanitarias va a destruir la economía supone a su vez no haber entendido la mitad del problema, y eso que no pasa de ser un problema de los de fácil entendimiento: no se trata de destruir la economía con el pretexto de salvar vidas, sino de salvar vidas con el menor perjuicio posible para una economía en riesgo de colapso. Lo extravagante es pensar que, mientras la población padece daños de envergadura, la economía puede quedar incólume, como si la economía fuese un ente abstracto e independiente de la actividad humana. Aparte de eso, una curiosidad: ¿de qué hablan exactamente algunos cuando hablan de economía?

Un país normal

JAVIER ZARZALEJOS

Esta España de desprecio a la ley y revuelta populista, asomada a un precipicio de deconstrucción institucional, nada tiene de europea. Es un esperpento

Creo que si el proyecto que representa la Unión Europea ha perdurado, cuando perfectamente habría podido fracasar, se debe a que, desde su origen, la Unión ha sabido reconocerse como una comunidad de problemas. En Europa nos ha unido más la conciencia de tener problemas compartidos que las soluciones, a menudo divergentes, que se han propuesto para resolverlos mediante la transacción y el acuerdo.

España ha sido hasta hace poco un buen ejemplo de ello. Lo que queríamos de Europa era tener sus mismos problemas, enfrentarnos en sus mismos debates, converger en las mismas preocupaciones. Lo que nos hacía europeos era tener que afrontar las mismas reformas que otros, esforzarnos para cumplir los mismos requisitos que los demás para entrar a formar parte del euro, hacer oír nuestra voz en esa escena con un papel que consiguiera más texto, pero dentro de un guión general reconocible para todos. Incluso conseguimos que problemas tan graves como el terrorismo de ETA dejaran de ser 'nuestros' para ser asumidos por nuestros socios como una responsabilidad de todos. A partir de ahí, fluyó la cooperación—con alguna excepción recalcitante— y ETA tuvo que enfrentarse a la batalla final dada por el Estado.

En este sentido, nunca desde el inicio de la Transición España ha sido menos europea. Nunca como ahora se ha movido en una órbita tan excéntrica respecto al núcleo central—'irradiador', que diría algún pedante— de lo europeo. No solo se trata de un abrumador diferencial negativo en materia económica, sino, sobre todo, del asombroso fenómeno consistente en que algunos—demasiados— se han empeñado en que, además de diverger en economía, nos alejemos también en la naturaleza de nuestros problemas. Y de ahí que frente a la europeización de estos—porque en eso consistía ser un país



JOSÉ IBARROLA

'normal'— nos encontremos en pleno proceso inverso; es decir, en la renacionalización de disputas atávicas, autodestructivas y estériles.

Las sesiones parlamentarias parecen ya episodios sacados de los anales de la peor historia, con el insulto al Rey convertido en recurso dialéctico aceptado. Desde el Gobierno se acusa al jefe del Estado con la imputación más grave—y falsa— que puede hacerse, la de perder su neutralidad, sin que esos desahogos ministeriales tengan consecuencia alguna para sus responsables. El Partido Socialista ha conseguido que se hayan convertido en marginales las voces que advierten sobre la normalización de una formación que no solo no condena la violencia terrorista, sino que la legitima. El poder político no se da por aludido cuando un Parlamento como el catalán declara «ilegitima» la inhabilitación de Torra, tal vez porque la mayoría de gobierno sigue muy ocupada consigo misma. Nada de esto tiene la más mínima analogía con nada se-

rio de lo que está pasando en Europa. Lo que vemos es el fruto podrido de la peor España, que, no por casualidad, se retiene bajo el signo común del antieuropeísmo.

Parece que la normalidad es difícil de mantener en términos históricos. Como si aburriera tanto que algunos necesitan emociones más fuertes. Por ejemplo, la revuelta independentista en Cataluña, protagonizada por tipos como Oriol Junqueras, del que el lendakari Urkullu escribió que «lo peor de la política se la encarnado en él», o Carles Puigdemont, ejemplo de valentía, sí, señor, o Quim Torra, con sus pinitos en la más pura literatura supremacista contra los españoles y su ADN—siempre recurren a la genética— y sedicente repesado con 92.000 euros de pensión anual vitalicia y coche oficial; gran negocio, como diría él, «por colgar una pancarta».

Ortega dijo aquello, tan repetido después, de que España es el problema y Europa, la solución. Con disculpas por la arrogancia, me permitiría disentir. Está muy bien que Europa aporte soluciones, pero, de momento, lo que algunos queremos de Europa son sus problemas porque ahí, entre ellos, en ese proyecto común esencialmente de paz no tiene cabida el atavismo de la pelea a garrotazos retratada por Goya, no caben el guerracivilismo, ni la destrucción de los marcos de convivencia, ni la amenaza, ni la comprensión de la política en la clave 'schmittiana' de 'amigo-enemigo' que quiere adueñarse de la política española y gangrenar el manguante tejido cívico y liberal que aún nos queda. Esta España de sollama y narrativas mentirosas, de desprecio a la ley y revuelta populista, asomada a un precipicio de regresión de décadas y deconstrucción institucional, nada tiene de europea. Es, en sentido vaineclanesco, un esperpento, la imagen deformada de un país que no hace tanto tiempo quiso ser normal.

Fe

ROSA PALO



Las colas de ahora son más largas que las de antes. Las filas, perdón. Por aquello de la distancia social, digo: hay diez personas esperando para comprar lotería, tan separadas entre sí que la hilera llega hasta la calle. Aguardan su turno con la misma fe que si estuvieran en el besapié del Cristo de Medinaceli, creyendo que un número les va a cambiar la vida. Y en esa cola, perdón, fila, seguro que hay alguien que compra el 14.320, fecha en la que se anunció el

estado de alarma y que es uno de los números más vendidos. Será que todavía tenemos ganas de cachondeo. O será que constituye la última esperanza de darle la vuelta a la tortilla, de convertir la mala suerte en buena, de recuperar el control sobre nuestro futuro. A algo hay que agarrarse. Aunque sea a un trozo de papel.

Al salir, mientras guardan el décimo en la cartera, se ven brindando con champán caliente en la puerta de la administración de lotería, abrazándose sin abra-

zarse y diciéndole a la reportera que van a utilizar el dinero para tapan agujeros. Y, este año, agujeros hay muchos. Unos se podrán tapan con dinero, otros no. Pero se intentará. Yo lo haré comprando el décimo de la pandilla, no sea que ellos acaben de vacaciones en las Islas Maldivas y yo me quede en las Islas Menores dándome cabezazos contra las palmeras del paseo marítimo. El resto de números los voy esquivando como quien esquivaba charcos. Y no es fácil: estoy a medio kilo de tomates y tres manojos de cebolletas de que el frutero intente venderme una paqueta, que mira qué cesta sorteamos, vecina. La cesta es de supermercado bielorruso perestroiko, tan triste que no la querría ni Carpanta. Pero a ver cómo le digo yo que no, que luego me pone los tomates pochos.